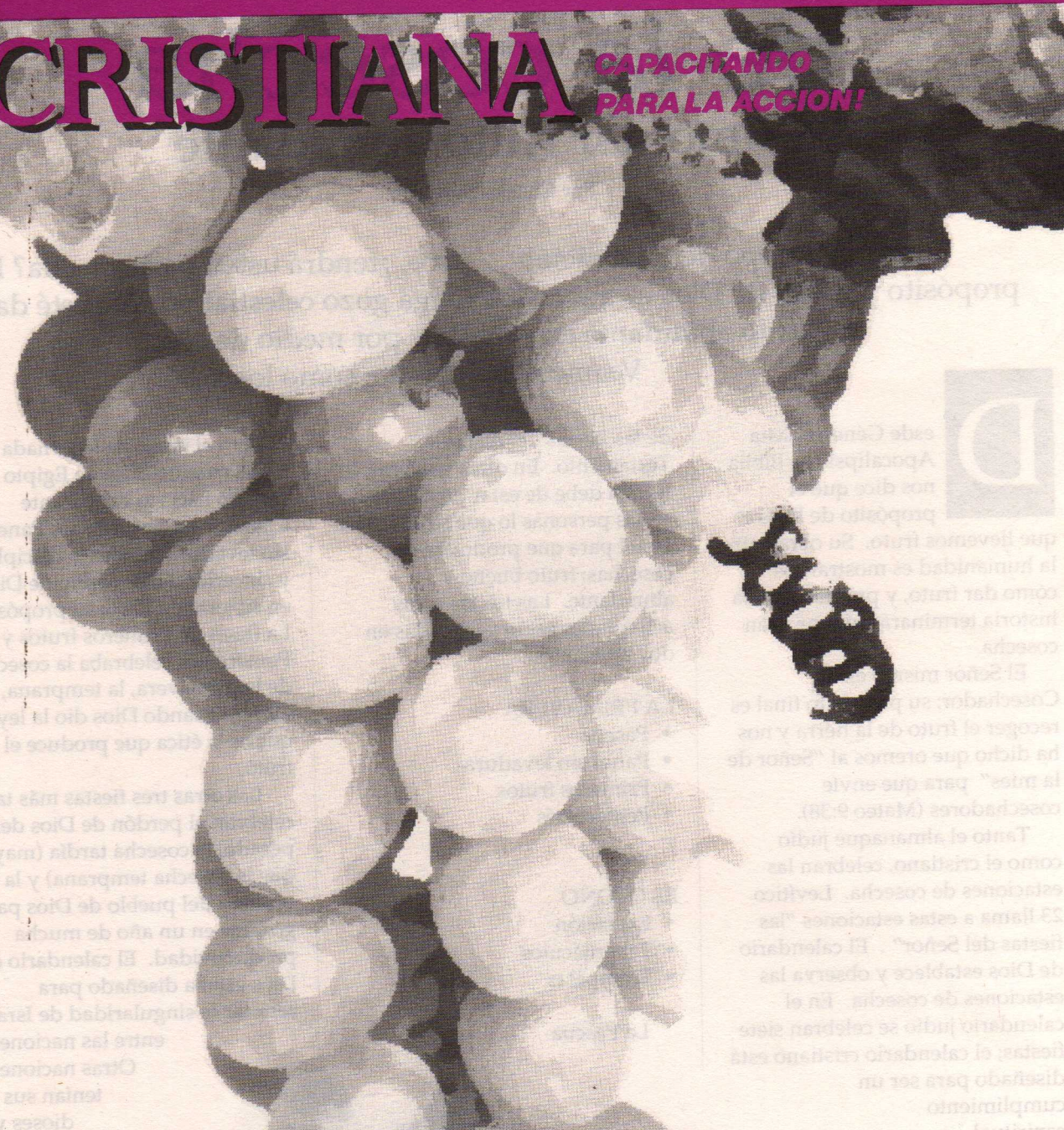


CONQUISTA[®]

Volumen 2, Número 15

CRISTIANA

**CAPACITANDO
PARA LA ACCION!**

- 
- Celebración de la Cosecha — Charles Simpson / 226**
La verdadera Iglesia — Mario Fumero / 229
¿Cómo se llama usted? — Marcelo Maristany / 231
Mensaje de un Fariseo — Maclovio Gómez L. / 234
El miedo tiene tormento — Hugo M. Zelaya / 237

Celebración de la cosecha

Cómo dar fruto abundante

Por Charles Simpson

Viene un tiempo de celebración... pero, ¿tendrá usted parte en ella? El propósito y deseo de Dios es que usted tenga gozo celestial porque esté dando fruto abundante en su vida y por medio de ella.

Veamos brevemente cómo lograrlo.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia nos dice que el propósito de Dios es que llevemos fruto. Su obra entre la humanidad es mostrarnos cómo dar fruto, y promete que la historia terminará con una gran cosecha.

El Señor mismo es un Cosechador; su propósito final es recoger el fruto de la tierra y nos ha dicho que oremos al "Señor de la mies" para que envíe cosechadores (Mateo 9:38).

Tanto el almanaque judío como el cristiano, celebran las estaciones de cosecha. Levítico 23 llama a estas estaciones "las fiestas del Señor". El calendario de Dios establece y observa las estaciones de cosecha. En el calendario judío se celebran siete fiestas; el calendario cristiano está diseñado para ser un cumplimiento espiritual

de las fiestas del Antiguo Testamento. En otras palabras, la Iglesia debe de estar produciendo en las personas lo que se enseñó a Israel para que produjera en cosechas: fruto bueno y abundante. Las fiestas y sus actividades están agrupadas en dos estaciones:

LA PRIMAVERA

- Pascua
- Panes sin levadura
- Primeros frutos
- Pentecostés

y

EL OTOÑO

- Expiación
- Tabernáculos
- Trompetas

La Pascua

celebra el inicio de la jornada de Israel cuando salió de Egipto camino hacia la exuberante Canaán. La fiesta de los Panes sin levadura celebra la disciplina y sinceridad del pueblo de Dios en su jornada hacia su propósito. La fiesta de Primeros frutos y Pentecostés celebraba la cosecha de la primavera, la temprana, y el tiempo cuando Dios dio la ley, que es la ética que produce el fruto.

Las otras tres fiestas más tarde celebran el perdón de Dios del pecado, la cosecha tardía (mayor que la cosecha temprana) y la reunión del pueblo de Dios para gozarse en un año de mucha productividad. El calendario de Dios estaba diseñado para resaltar la singularidad de Israel entre las naciones.

Otras naciones
tenían sus
dioses y
fiestas,
pero



Israel era única:

- En su llamamiento de Dios
- En la simiente santa que produjo
- En su ética del pacto divino
- En sus resultados históricos

La nación de Israel estaba limitada en los resultados que podía producir. Era solo una raza; Dios deseaba fruto de todas las razas. Israel solo era una tierra; Dios deseaba fruto de todas las tierras. Israel se ocupaba de la productividad física; Dios deseaba la espiritual también en todo el mundo. Por eso, el Señor Jesucristo edificó su Iglesia para cumplir con este propósito más sublime. De la misma manera que Moisés comenzó su iglesia (Hechos 7:38), Jesucristo comenzó la suya (Mateo 16:18). De la misma manera que Moisés entregó los principios de la ley a Israel que los haría fructíferos, Jesús entregó los principios del reino de Dios a sus seguidores que los haría fructíferos.

Permaneciendo en la Vid

Israel recibió grandes promesas: tierra, abundancia, salud, longevidad, victoria, y muchas otras. Sin embargo, ninguna de estas promesas se podía cumplir sin la bendición de Dios. Israel fue amonestada para que obedeciera a Dios de manera que pudiera recibir la lluvia temprana y la tardía que representaban sus bendiciones (Deuteronomio 11). Su lluvia y su bendición les haría tener una existencia fructífera. De manera que Israel dependía de Dios para que enviara la lluvia, y lo haría siempre y cuando ellos obedecieran su ley.

La habilidad de llevar fruto no descansa en nosotros mismos. Descansa en nuestra habilidad de permanecer en relación con el Señor. No es en nuestra bondad o metodología; es en nuestro permanecer en el Señor.

Jesús, al igual que Moisés, dejó bien establecido que él quería fruto de sus seguidores (Juan 15). También estableció que para poder llevar fruto, sus seguidores tenían que permanecer en él. Fruto es el resultado de una relación viva con Dios por medio de Jesucristo.

Es natural que intentemos emular modelos que han tenido éxito. Hay una costumbre prevaleciente entre las iglesias contemporáneas del estudio de los métodos de otras iglesias que han tenido éxito. La costumbre tiene sus méritos. No obstante, hay un alto cociente de fracasos entre los que intentan emular los métodos de otros. Dios resiste nuestra dependencia de otros y de sus metodologías, si esa dependencia se convierte en un sustituto para buscarlo a él y permanecer en él.

Permanecer en él conlleva varias características:

- Mantenerlo en el centro de nuestro pensamiento
- Desarrollar un amor más profundo para él
- Estudiar su palabra
- Orar de una manera constante
- Estar sensibles para hacer su voluntad
- Permitir al Espíritu Santo que manifieste su vida en nosotros
- Aprender sus actitudes hacia nuestros congéneres

Si permanecemos en él y él en nosotros, el carácter de Dios será reproducido en nuestra vida; entonces podemos ser usados por el Espíritu Santo para ayudar a producirlo en otros. Si no permanecemos en él, no podemos hacer nada. Aunque nos llenemos de conocimiento,

adoptemos terminología y actividad espirituales, seremos como la higuera llena de hojas que Jesús maldijo por su esterilidad (Hebreos 6:7-9).

Semilla y tierra

Jesús usó parábolas agrícolas porque los judíos las podían entender. La siembra y la cosecha eran partes fundamentales de la existencia judía. Jesús se comparó con un agricultor que salió para sembrar. Otras veces se refirió a sí mismo como la Semilla que tenía que caer en tierra y morir. También se refirió a sus discípulos como sembradores, y en otras ocasiones como semillas.

Jesús habló de sus oyentes como la tierra; algunos eran buena tierra y otros no tan buena; algunos eran buenos productores otros mejores.

Buena semilla y buena tierra son esenciales para producir. Veamos primero la semilla. Sin duda Jesús mismo es la semilla que produce, porque en él está la naturaleza divina. Su divinidad es única entre toda la humanidad. El es "único en su género" el Hijo de Dios. Los que lo reciben cuando oyen el evangelio, reciben vida y son capaces de dar fruto (Juan 1:12-16).

El evangelio de Jesucristo es la semilla de vida. Quien recibe las buenas nuevas del reino de Cristo planta la vida misma de Jesucristo en él por la fe. Somos nacidos de nuevo de simiente incorruptible (vea 1 Pedro 1:3-5; 1 Pedro 1:23-25); 2 Pedro 1:3-4). El evangelio que recibimos es el poder de Dios que produce salvación en nosotros y en otros (Romanos 1:15).

La verdadera semilla del evangelio es esencial para que demos fruto. 1 Corintios 15 es uno de los capítulos que describe el evangelio con mayor claridad: Son las buenas noticias que Jesucristo murió por nuestros pecados de acuerdo a las Escrituras, que se levantó de los muertos y ascendió

para sentarse a la diestra de Dios Padre para reinar, y que él regresará para recibir el fruto de la tierra producido por su resurrección.

En forma concisa, el evangelio son las buenas noticias de la vida, reinado y regreso de Cristo. Su testimonio es la semilla que él nos ha dado para sembrar. Tenemos la mejor semilla que cualquier sembrador ha tenido para sembrar; su naturaleza es divina.

Por muy poderosa que sea la semilla, tiene que ser sembrada para que dé fruto. La cosecha no vendrá mientras la semilla permanezca sellada en una comunidad enclaustrada. No basta con celebrar la semilla; tenemos que sembrarla. Y esa realidad nos lleva a una discusión de la tierra. Jesús habla de toda clase de tierra: mezclada con espinos, con pedregales, superficial, dura y buena tierra. Los sembradores de quienes habló Jesús sembraron en toda clase de tierra; no sólo en buena tierra. Su manera de sembrar era pregonando. El no sembró selectivamente. Yo he hecho eso a menudo; es decir, escogí la tierra no queriendo malgastar mi tiempo y energías o la semilla en aquellos que pudieran ser infructíferos. Jesús escogió discípulos para enseñanza especial, pero también predicó a las multitudes. Sembró en toda clase de tierra.

Si queremos una gran cosecha, debemos sembrar abundantemente; debemos pregonar... creyendo que "el que da semilla al que siembra" nos dará recursos abundantes para sembrar abundantemente en toda clase de tierra. El poder de la semilla no disminuye cuando se pregona o cuando se cuenta con frecuencia. Su poder se multiplica pregonándola. El plan de Dios es que el evangelio sea proclamado en

todas las naciones en todo el mundo (Mateo 24:14).

No nos debe sorprender o desalentar cuando alguna tierra no produzca debido a la dureza, la superficialidad o la preocupación. Siempre habrá éxito y fruto porque hay algunos que oirán. Y cuando oigan, el poder del evangelio hará su tarea. Las circunstancias hostiles no son nuevas. Fue difícil en tiempos de Moisés, en los días de Jesús, y a lo largo de toda la historia. Hoy pudiera ser el mejor tiempo en el calendario de Dios para sembrar el evangelio. Los fracasos recientes de tantas instituciones humanistas han preparado la tierra para nuestra semilla.

Confíe en la Semilla

Si pudo confiar en la semilla del evangelio para salvarlo a usted y hacerlo producir, también puede confiar en ella para que haga lo mismo con otros. Su propio testimonio debiera de animarlo a confiar en la semilla del evangelio. Lo que hizo por usted hará por otros.

Jesucristo, la Simiente Divina, sanó a los enfermos y levantó a los muertos. El entró a Jerusalén en un asnillo, confrontó la jerarquía y fue crucificado. Murió el día de la Pascua como el Cordero de Dios que quitó el pecado del mundo. Resucitó al tercer día como el primer fruto de entre los muertos. Se apareció a más de 500 testigos, y a vista de mucha gente, ascendió a la diestra del Padre.

Pocos días después, en Pentecostés, derramó el Espíritu Santo, la promesa del Padre, y cumplió todas las fiestas de Primavera de los judíos. La semilla del evangelio que sembramos ha probado que tiene el poder de germinar en las más hostiles de las circunstancias.

Todavía queda mucho por

delante en el calendario de Dios. Estamos en el "verano", pero la "cosecha de otoño" no está lejos. Es tiempo de prepararnos como nunca antes, de llenar las bolsas con la semilla del evangelio, de renovar nuestra confianza en la Simiente de Dios que dijo: "Yo soy la resurrección y la vida". Es tiempo en el calendario de Dios de sembrar y hacerlo en abundancia. Es tiempo de orar al Señor de la mies para que envíe cosechadores.

En vista del tiempo en que vivimos, le pediré que haga varias cosas:

Renueve su relación con Cristo a través del ayuno y la oración.

Renueve su provisión de semilla mediante el estudio bíblico.

Renueve su relación con la tierra por medio de la evangelización.

Renueve su expectativa mediante la fe.

Con frecuencia nuestra expectativa es para el éxito personal, y es por eso que cuando viene algún fracaso, viene también el desánimo. Le sugiero que su expectativa sea que otros vengan a Cristo.

El aparente éxito personal pudiera traer la desilusión finalmente. Pero la alegría de llevar a otros a la vida con Cristo es tener éxito eterno. Una buena cosecha restaurará su ánimo y lo hará sentir el gozo celestial. Usted podrá celebrar también si se prepara ahora. Δ

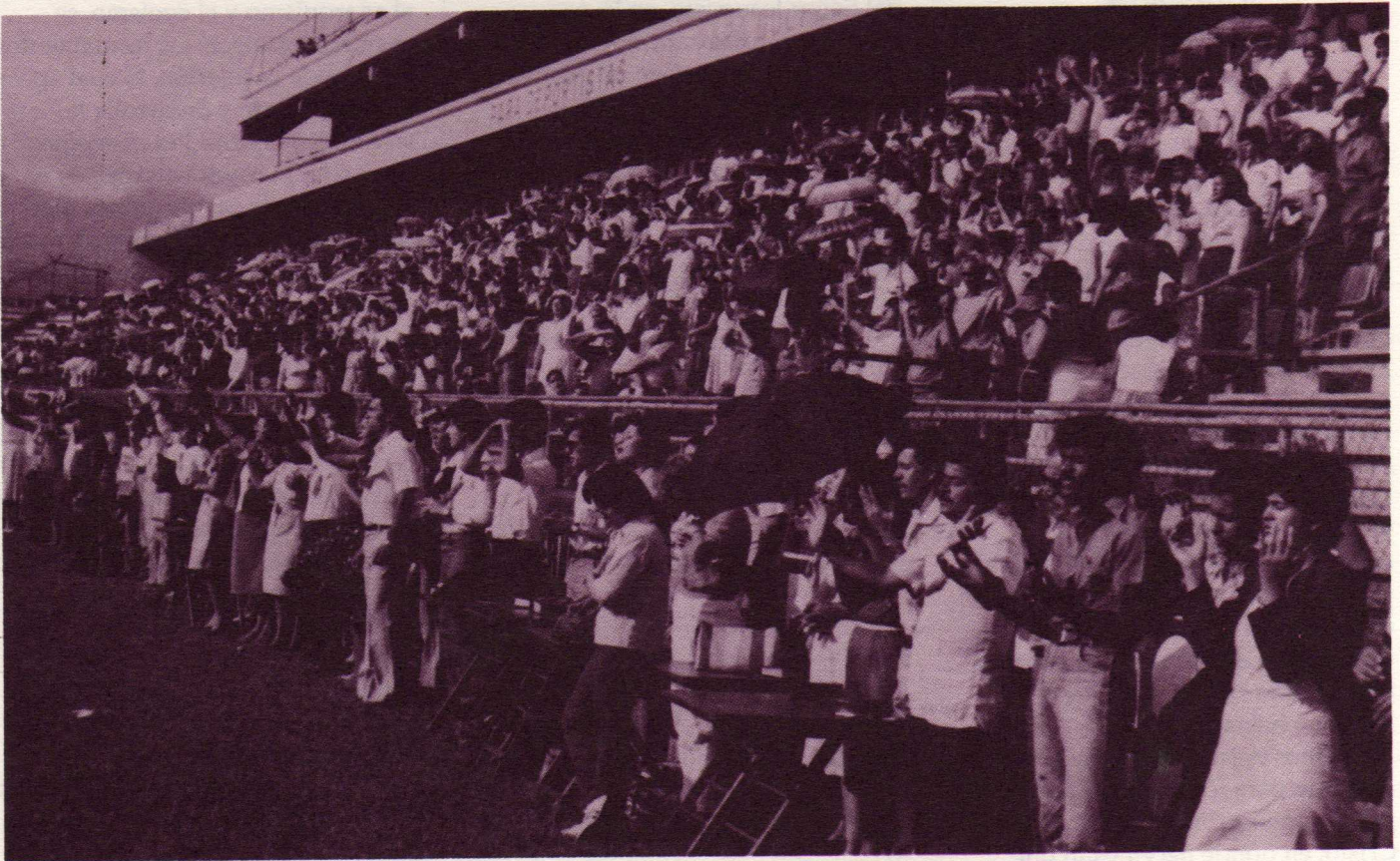


Charles Simpson es editor de la revista **Christian Conquest**. Ministra dentro y fuera de los Estados Unidos de Norteamérica.

La verdadera iglesia

La Iglesia como Cuerpo de Cristo

Por Mario Fumero



Estamos viviendo en una época de decadencia social y espiritual que refleja la falta de fundamento en lo que creemos y somos. Entender lo que es *ser Iglesia*, da a la existencia del cristiano una tremenda vitalidad, porque los cristianos y la Iglesia son una misma cosa, ya que como tal expresamos lo que creemos.

La Iglesia en sí, es el efecto de las personas que viven en Cristo, pero para entender lo que es *ser Iglesia*, debemos reflexionar en dos

aspectos: ¿Cómo debemos ser como Iglesia? y ¿qué es la Iglesia en el plan y la mente de Dios?

Hemos creído por muchos años que la Iglesia es un templo o edificio en el cual vive Dios y en donde está el centro, alrededor del cual gira la vida, la adoración y la presencia de Dios. Pensamos que el edificio donde se reúne la Iglesia, sigue siendo Iglesia por sí mismo, aunque esté vacío; y adoptamos una dualidad de conducta que a veces nos lleva a una terrible

hipocresía religiosa, pues creemos que somos una cosa dentro de ese edificio de reuniones y otra distinta fuera de él.

La Iglesia no es un edificio, ni una organización o denominación, no es una estructura, ni una simple reunión dominical. La Iglesia se define bíblicamente como *un cuerpo* (1 Corintios 12:27) y en su función es *sal y luz* de la tierra (Mateo 5:13-16).

Un cuerpo es un conjunto de miembros entrelazados, ligados y

Un cuerpo es un conjunto de miembros entrelazados, ligados y funcionando en estrecha e íntima relación bajo el principio de sujeción y dependencia, tanto para nutrirse y ayudarse como para operar y ejecutar alguna función.

funcionando en estrecha e íntima relación bajo el principio de sujeción y dependencia, tanto para nutrirse y ayudarse como para operar y ejecutar alguna función. Es triste decirlo, pero a la luz de esta verdad, nuestras iglesias tienen forma de cualquier cosa menos que de cuerpo. En nuestra realidad actual, parecemos una "carnicería", ya que cada miembro está esparcido, desligado, fraccionado en partes, sin relación, sujeción o dependencia de otros, haciendo cada uno lo que le viene en gana, de una manera similar a cuando en Israel no había rey.

Hemos dejado de ser parte del conjunto para formar cada uno su propio "reinito" decimos que con Cristo, en donde hacemos lo que nos da la gana. Nos hemos convertido en miembros de un club, más que de un cuerpo, ya que no podremos ser miembros del cuerpo si no estamos ligados por tendones y coyunturas (Efesios 4:16; Colosenses 2:19) a fin de crecer y operar la ayuda mutua entre los que forman esta gran familia de Dios. Necesitamos restaurar el sentido correcto del término *miembro del Cuerpo*, y dejar de tener miembros de club, para que nuestras iglesias se formen de acuerdo al plan divino.

Vivir el principio de *Cuerpo* da a la unidad de los creyentes una relación profunda en la vivencia y el quehacer diario. Nos sentimos más comprometidos unos con otros que a las estructuras religiosas y tradicionales. Este principio crea uno de los fundamentos más importantes en la vida de la Iglesia que contrarresta el anarquismo, Consiste en la *sujeción*, o sea, la obligación espiritual de sujetarnos unos a otros en el amor y la palabra del Señor Jesucristo, en la enseñanza, exhortación y formación del cuerpo. Promueve un espíritu de obediencia y paternidad espiritual dentro del cual la vida de la Iglesia es latente y constante, porque donde quiera que estamos, vivimos reflejando esta dependencia y esta unidad profunda, que nos lleva a crecer, engendrar vidas y transmitir las enseñanzas recibidas.

Como *Cuerpo*, no nos juntamos sólo el domingo para recibir la vitalidad del Espíritu, sino que al separarnos seguimos unánimes en el propósito, que en sí es la base de la unidad del cuerpo. Es por ello que la Biblia registra dos expresiones singulares en la vida de la Iglesia primitiva. Dice la palabra de Dios, que estaban "unánimes cada día" (Hechos 2:46) para afirmar después que "comían juntos".

Estamos juntos físicamente como iglesia en el culto tradicional del domingo o en la reunión de Santa Cena, pero la palabra "unánimes" que expresa esta comunión constante como cuerpo viene al esparcirnos, dondequiera que estemos, si llevamos bien clara la función de cada uno y mantenemos el propósito que nos une, y fluye el mismo Espíritu y el mismo sentir, obrando todos bajo un mismo pensar. Así damos vida a la enseñanza del apóstol Pablo sobre el funcionamiento de la Iglesia (1 Corintios 12:12-27).

Como Iglesia estamos siempre funcionando, aunque estemos en

diferentes lugares, porque el vivir de Cristo se hace constante, es natural el transmitir su imagen en el trabajo o estudios, en el ir y venir, pues somos el Cuerpo y estaremos ligados a este donde quiera que nos encontremos, si estamos sujetos y somos obedientes a la enseñanza del Señor. El compartir, transmitir lo que recibimos y multiplicarnos es algo normal, natural y básico en la función del Cuerpo.

En esta época caracterizada por el anarquismo y el egoísmo, se requiere fortalecer los fundamentos bíblicos de la sujeción, la cual apela a la obediencia y desarrolla la virtud de la humildad. Tenemos que acoyuntarnos a alguien en el cuerpo, armar esa carnicería para que tenga la forma de cuerpo a cual el Espíritu Santo imparta vida para crecer.

Es triste pensar que existe una mentalidad tan pobre de lo que es la Iglesia que cuando en una ciudad no existe un grupo de creyentes pertenecientes a mi "denominación", decimos que en tal ciudad no hay Iglesia. Si en una ciudad hay un grupo de cristianos unidos en los principios de la palabra, aunque no tenga rótulos, nombre o filiación sectaria, allí hay una iglesia, porque "donde haya dos o tres unidos en el nombre de Jesús, allí está él" (Mateo 18:20).

El anarquismo (que es la filosofía de vivir y hacer lo que queremos, gobernándonos nosotros mismos) se combate con la *sujeción*; el orgullo con la *humildad*, adoptando una mentalidad clara de que todos somos Iglesia, siempre y cuando nos comprometamos con las demandas de la palabra y con el Señorío de Cristo Jesús en nuestra vida.

Mario Fumero es fundador de Brigadas de Amor Cristiano y el Proyecto Victoria para la recuperación de alcohólicos y drogadictos, en Honduras. Actualmente ministra en Córdoba, España.

¿Cómo se llama usted?

La armadura del discípulo

Por Marcelo Maristany

"Y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía" (Hechos 11:26).

...Y a los cristianos se les llamó católicos por primera vez en...

...Y a los cristianos se les llamó protestantes por primera vez en...

...Y a los protestantes se les llamó evangélicos por primera vez en...

...Y a los evangélicos se les llamó fundamentalistas por primera vez en...

...Y a los protestantes se les llamó "herejes" por primera vez en...

...Y a los cristianos se les llamó bautistas por primera vez en...

...Y a los cristianos se les llamó pentecostales por primera vez en...

...Y a los cristianos se les llamó etc. etc. por primera vez en etc. etc...

Al final de cada una de estas frases podríamos colocar el nombre de ciudades y de países en determinadas fechas; y hasta en algunos casos el nombre de alguna persona. Sin embargo, en este artículo daremos importancia al



hecho esencial de la vida cristiana: ser discípulo.

En el amanecer de la Iglesia, los discípulos del Señor se limitaron a predicar el mensaje del Evangelio en la ciudad de Jerusalén. Pero después de la muerte de Esteban por mano de los religiosos judíos, comenzó una gran persecución que obligó a los creyentes a emigrar a otras ciudades cercanas. En el capítulo 11, versículo 19 de los Hechos, se nos relata que: "...los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron a Fenicia, Chipre y Antioquía..."

Antioquía era una ciudad cosmopolita de Siria, situada sobre el

río Orontes a 26 kms del mar Mediterráneo y a unos 480 kms al norte de Jerusalén. Llegó a ser una urbe próspera y populosa con aproximadamente 500.000 habitantes. Es allí, pues, que nació la primera denominación: cristianos.

"Cristiano" es un término que significa "partidario" o "seguidor de Cristo". Este distintivo fue creado por personas ajenas al evangelio, residentes de dicha ciudad de Siria. Aunque los discípulos no rechazaron este nombre, ya que el apóstol Pedro dice en una de sus cartas que "si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino que glorifique a Dios por ello" (1 Pedro 4:16). Es obvio que ellos se autodenominaron "hermanos", "santos", "creyentes", "elegidos" o, como está explícito en esta frase de Hechos, "discípulos".

La palabra cristiano aparece sólo tres veces en el Nuevo Testamento. El vocablo "discípulo" aparece mucho más. Pero no es saludable sacar conclusiones rápidas para informar cuál es el nombre adecuado para asignar a aquellos que somos de Cristo. Lo importante es que seamos lo que sugieren nuestras denominaciones.

Si analizamos cada nombre de las congregaciones cristianas, descubrimos que son palabras nobles y que pertenecen al evangelio de Cristo. Por ejemplo, la palabra "bautista" señala al mandamiento

del Señor de ser bautizados en agua en su nombre. "Pentecostal" estimula nuestra imaginación para llevarnos al comienzo glorioso de la Iglesia de Dios en el día de la fiesta judía de Pentecostés, cuando los discípulos, luego de muchos días de espera, recibieron el Espíritu Santo prometido y hablaron en otras lenguas como señal de que Dios estaba con ellos. Las iglesias denominadas "Comunidad Cristiana" con sólo nombrarlas nos recuerdan la práctica neotestamentaria de tener "todas las cosas en común" (Hechos 4:32). Existen también denominaciones que nos recuerdan la vida de grandes hombres de Dios como Lutero (Iglesia Luterana), Menno Simons (Iglesia Menonita) y otras.

La denominación es como un letrero que nos colgamos o que nos cuelgan, y que no siempre concuerda con lo que somos. Hay cristianos que piensan que por el

La denominación es como un letrero que nos colgamos o que nos cuelgan, y que no siempre concuerda con lo que somos.

simple hecho de pertenecer a una denominación que según las estadísticas crece numéricamente más que las otras, son mejores creyentes. No sólo se creen superiores a los hermanos de otras denominaciones, sino que también se otorgan el derecho de ir a enseñarles la fórmula de producir un avivamiento.

Para estos casos cabe bien la frase de Santiago: "Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación. Porque todos

ofendemos muchas veces..." (Santiago 3:1-2). ¿Cuántas veces ofendemos con nuestra actitud soberbia de querer enseñar a los cristianos que consideramos débiles?

El letrero denominacional puede ser muy correcto, pero si no coincide con las obras de esa congregación y con la vida de cada uno de los miembros que la componen, será como una persona que se pone una corbata sin haberse puesto la camisa.

En la luna hay mares que no tienen agua, pero sí nombres propios. De chico pensaba que mar era una gran cantidad de agua y que, si no había agua tampoco había mar. Hasta que un día supe que mar es la cavidad que contenía el agua y que, si por algún motivo climatológico el agua se evaporaba, el mar permanecía aunque vacío. Por eso en la luna no hay agua pero sí mares.

El hombre de ciencia ha observado estas grandes zonas cóncavas de la luna y las ha denominado con nombres que a veces son de aquellos que los descubrieron. La iglesia es como un mar; una gran cavidad formada de hombres y mujeres en donde el Señor deposita su "agua" de vida. El mar es, pues, una figura de nuestras estructuras eclesiológicas, nuestros métodos o nuestros sistemas de enseñanza cristiana. El agua representa todo lo que Dios derrama de lo alto: dones, gracia, unción, poder, etc. Y por último, el nombre del mar que simboliza las denominaciones.

En los comienzos del cristianismo hubo una iglesia que tenía una buena estructura y posiblemente una buena posición económica. El "mar" era muy profundo, sin embargo, carecía de "agua". El Señor Jesucristo reprendió duramente a esta iglesia por jactarse de tener un gran "mar"

que estaba vacío de la esencia del evangelio. Esta era la iglesia en la ciudad de Laodicea. Dicen los estudiosos que esta ciudad era tan próspera en su comercio que después de un fuerte terremoto acontecido en el año 60 D.C., se dio el lujo de rechazar el subsidio imperial ofrecido para su reconstrucción. No es de extrañar que los miembros de esa iglesia cayeran en el error de pensar que por tener riquezas materiales podían prescindir de las espirituales. Pero el Señor les dijo por medio del apóstol Juan, que espiritualmente eran desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos (Apocalipsis 3:17). Los cristianos de Laodicea podía ver muy bien las riquezas materiales al fondo de su "mar" por la sencilla razón de que faltaba el "agua" espiritual.

Cuando una congregación carece del poder del Espíritu Santo, se ven sólo las estructuras y los recursos humanos. Y si esa congregación es fuerte económicamente, corre el riesgo de caer en la condición de la iglesia de Laodicea.

Pero veamos ahora el caso de una iglesia que aparentemente daba demasiada importancia a su nombre. Era la iglesia que estaba en la ciudad de Sardis, próspera localidad de Asia Menor. La Escritura no nos informa cuál era su nombre. Sin embargo, en la repreensión del Señor a esa congregación se hace referencia a él.

El Señor habló a Juan en la isla de Patmos dándole mensajes para siete iglesias de Asia Menor. Entre ellas se encontraba la de Sardis. A cada una de ellas mostró cuáles eran sus fallas y cuáles sus virtudes. La virtud de esa iglesia era que tenía algunas personas que no habían manchando sus vestiduras (Apocalipsis 3:4), es

decir, no se habían contaminado con el pecado de los demás miembros. Pero en cuanto al punto negativo, el Señor dice: "Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto" (Apocalipsis 3:1). La denominación de esta iglesia en Sardis seguramente sugería vida. Sin embargo, la vida que llevaban la mayoría de estos cristianos más bien sugería muerte.

La denominación es, pues, un bonito letrero, pero para el Señor no tiene demasiada importancia. Jesús ni siquiera mencionó el nombre de la iglesia en Sardis. Lo que a él le interesaba era si los miembros eran como el nombre.

Hemos visto el lugar que Dios otorga a los nombres de nuestras iglesias. Y esto es importante saberlo pues muchos cristianos nos enfrentamos con la tentación de utilizar a la denominación como una armadura que nos proteja de todo mal.

Sin embargo, para el Señor existe una armadura verdadera: la que se describe en el capítulo 6 de la carta a los cristianos en Efeso. Así la describe Pablo:

Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes (Efesios 6:13).

Pablo continúa comparando cada parte de una armadura de guerra con cosas esenciales para la vida del cristiano, tales como: la verdad, la justicia, la paz, la fe, la palabra de Dios y la oración. Entre los elementos que componen una armadura, Pablo menciona el escudo. Esta era una parte defensiva de forma ovalada, redonda o rectangular, que se sujetaba al brazo mediante correas. Sobre estos se dibujaban símbolos que representaban a la nación que estos soldados defendían. Los cristianos podemos escribir los nombres de

cada una de nuestras iglesias sobre el "escudo de la fe", pero debemos cuidarnos de no depender solamente de éste. La denominación "pintada" sobre el escudo de nuestra fe no es toda la armadura de Dios. Un soldado que contaba sólo con un escudo, no era apto para ir a la guerra.

"... Y a los discípulos se les llamó cristianos..." Sí, es cierto, pero no dejaron de ser discípulos. Hoy los nombres son muchos; tantos que podemos darnos el lujo de elegir el que más nos guste. Pero sea cual fuere, el Señor seguirá demandando lo mismo: que sigamos siendo discípulos.

En la tierra, los nombres los ponen los hombres, sean creyentes o incrédulos. Pero cuando lleguemos a la ciudad celestial, el Señor mismo será quien pondrá los nombres a su pueblo. Cuando lleguemos allá, él escribirá sobre nosotros tres nombres: el de Dios, el de la ciudad de Dios, y el nombre nuevo del Señor. Esta promesa está escrita en el libro de Apocalipsis, capítulo 3, a la iglesia en Filadelfia.

Filadelfia era una ciudad de Asia Menor fundada en el siglo II A.C. por Eumenes, rey de Pérgamo, quien le dio este nombre que significa "amor fraternal". En el año 17 A.C. esta ciudad fue destruida por un violento terremoto, y como las convulsiones sísmicas no cesaban, los habitantes se trasladaron a las afueras de la ciudad y vivieron un tiempo en tiendas.

Más tarde recibieron una contribución imperial para la reconstrucción de la ciudad, la cual pasó a llamarse "Neo Cesarea". Luego, bajo el emperador Vespasiano, tomó el nombre de Flavia, y como el número de sus festivales paganos se acrecentó a causa de las riquezas se la apodó "Atenitas".

No es extraño, entonces, que a esta iglesia el Señor le revelase cuáles serían los nombres eternos de sus hijos. Los cristianos de Filadelfia estaban acostumbrados a cambiar de

nombres, y quizás algunos de ellos se preguntaría cuál sería el nombre último de su ciudad, ya que este sería también el nombre de la iglesia. Cabe destacar que, exceptuando a la iglesia de Sardis, las demás iglesias adoptaban el nombre de las ciudades donde residían.

Para contestar a esos interrogantes, Jesús les envió una carta por medio de Juan donde se encuentra escrita una de las más grandes promesas que Dios hace a su pueblo. Esta comienza con una condición: "Al que venciere..." Y continúa así: "... yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo" (Apocalipsis 3:12).

Aquí en la tierra, la iglesia de Cristo está distribuida en millares de ciudades. En el cielo, la iglesia del Señor será reunida en una sola ciudad.

En este planeta, los cristianos poseen muchos nombres; en el cielo tendrán uno solo:

*Aquí en la tierra,
la iglesia de Cristo
está distribuida
en millares de ciudades.
En el cielo,
la iglesia del Señor
será reunida
en una sola ciudad.*

"... Y a los discípulos se les llamará 'Hijos de Dios' por última vez en la Nueva Jerusalén..."

Amén.

*Contribución de Marcelo Maristany, de
Comunidad Cristiana de La Plata.*

Mensaje de un fariseo

Por Maclovio Gómez L.

Decir fariseo es provocar un reacción negativa entre las personas. Desde los tiempos de Jesús, el término fariseo es sinónimo de hipocresía, arrogancia, falsedad, presunción y exhibicionismo (Mateo 6:1-8; 23). En Lucas 18:9-14 tenemos la histórica e ilustrativa parábola de Jesús de un fariseo y un publicano. La parábola muestra un contraste entre estos dos destacados personajes. La intención de Jesús para nosotros, es una importante lección en cuanto a nuestra relación con Dios.

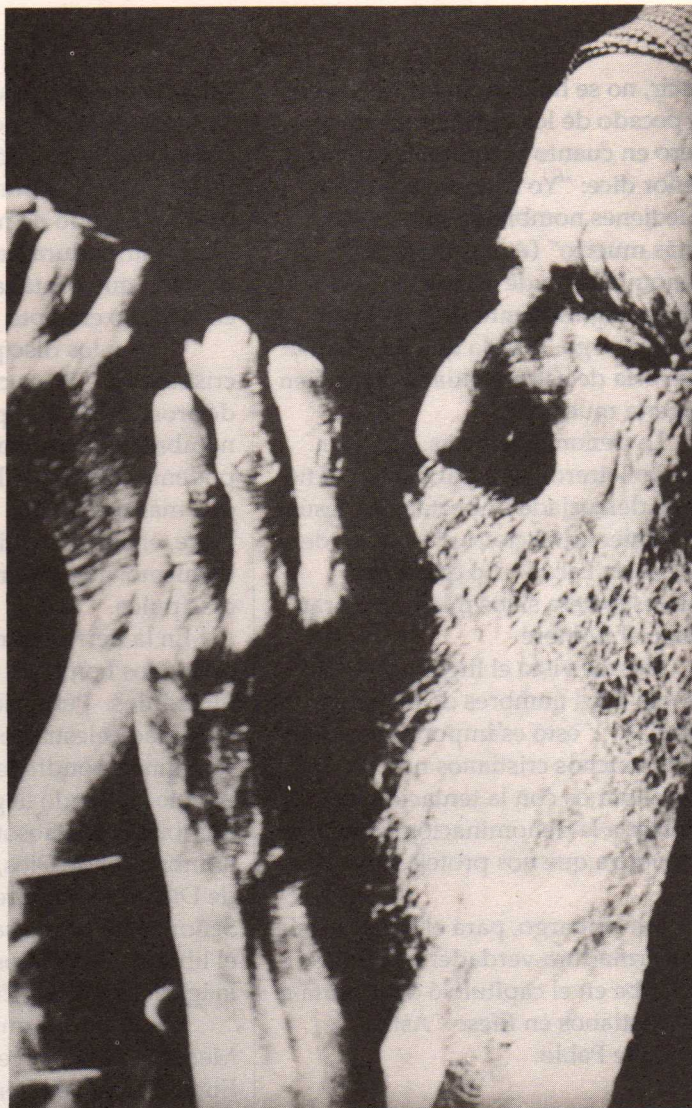
Esta parábola ha sido usada muchas veces y ha servido para criticar, censurar y condenar, sin piedad alguna, al hombre llamado aquí fariseo. No obstante, bajo el ropaje religioso de este fariseo se esconden y existen ciertas cualidades éticas y morales que todo buen creyente debe tener y observar en su propia persona de acuerdo a la Biblia.

No dejando de congregarnos

Aquel fariseo tenía el buen hábito de asistir al templo. Así cumplía con el ritual de su propia religión. Aunque lo hacía por exhibicionismo, sin embargo, era fiel a su deber de hombre religioso (Mateo 6:5). Recordemos que es Jesús quien

destaca la vida religiosa de este fariseo. El templo citado sin duda era el gran templo de Jerusalén (Mateo 24:1-2). La religión liga al hombre con el templo (Hechos 3:1). La asistencia al templo tenía prioridad en su vida y es una de sus primeras cualidades como persona (Lucas 16:8).

La vida religiosa y espiritual de muchos está en franca decadencia (Jueces 21:25, Apocalipsis 3:14-18). Son muchos los que ya han perdido su contacto personal con Dios (1 Timoteo 4:1-5). Están descontentos de la fe, la religión y del templo (Hebreos 5:12). Esto significa que lo esencial está muriendo en la vida de la persona y otras actividades menos importantes ya ocuparon su lugar (Lucas 21:34). Muchos que eran creyentes ya apostataron de la fe y hoy no quieren saber nada del cristianismo. En este sentido, aquel fariseo de la parábola era mejor porque no había renunciado ni apostatado de su religión. Esta es una importante lección para nosotros



hoy.

La Biblia nos hace a todos un solemne y serio llamado a examinar nuestra vida cristiana para conocer cuál sea nuestra condición moral y espiritual delante de Dios y de los hombres (Mateo 7:22; 1 Corintios 11:30-31). Este mismo llamado lo hace también Jesús en Mateo 25:1-13.

A quienes llevamos el nombre de cristianos, se nos exhorta a no dejar de congregarnos aunque los tiempos sean difíciles (Hebreos 10:25). El templo por su propia naturaleza y significado, tiene una estrecha relación con el creyente (Salmo 122:1). Cuando perdemos el hábito de dejar de congregarnos, estamos en peligro y nuestra decadencia espiritual irá de mal en peor

(Proverbios 26:20). Por lo tanto, es saludable tomar debida nota de la importante lección que Jesús indica y nos brinda en la vida de este fariseo.

El hábito de orar

Otra virtud personal del fariseo es el hábito de orar. Jesús lo presenta en oración en el templo. Esa es una función básica y espiritual en el templo de Dios (Hechos 3:1; 1 Reyes 8:12-56). Siendo un hombre religioso, el fariseo conocía toda la liturgia de su religión (Mateo 19:16-21). Cada vez que asistía al templo, comenzaba su devocional con oración. Quizás su oración no estuviera correcta, con todo eso, aquel fariseo era un hombre devoto (Hechos 10:1-4). Este fariseo no había perdido su hábito de orar. Sabemos que no recibió respuesta de Dios, sin embargo, creía en la oración y le parecía encontrar ayuda en ella (Lucas 18:1).

La oración como hábito devocional se está perdiendo en muchos llamados cristianos. Se ora muy poco o no se ora absolutamente nada, la vida agitada de muchos les absorbe y no tienen tiempo para la oración (Lucas 21:34). Quien no tiene tiempo para Dios, encontrará que Dios no tiene tiempo para él (Lamentaciones 3:44). Este fariseo era un buen administrador del tiempo y siempre encontraba ocasión para asistir al templo y para orar. Magnífico ejemplo para nosotros (Filipenses 4:6).

A la luz de esta reflexión, es hora de renovar nuestros votos personales con Dios tocante al arte sagrado de la oración; habremos perdido muchas batallas y muchas bendiciones de Dios porque no oramos como debemos (Santiago 4:3).

Los nuestros son tiempos de crisis moral y espiritual. El hábito de la oración está muy descuidado hoy. Este lamentable descuido de muchos les conduce a la tentación y al pecado (Lucas 22:54-62). Dios nos exhorta a orar con el propósito

cristiano de fortalecer nuestra vida moral y espiritual (Mateo 26:41). Cuando se pierde el hábito de la oración, se abre una puerta por donde entrará el maligno para causar daños y destrozos en nuestra vida (Mateo 13:24-25; Juan 10:10). El fariseo oraba y la virtud de ese simple hecho viene a ser para nosotros un ejemplo y modelo.

El lugar especial del Padre

En la parábola se destaca otra virtud particular de este fariseo. Jesús dice que comenzó su oración haciendo mención especial de Dios (v. 11). El Padre Nuestro principia en igual forma (Mateo 6:9). Sin duda alguna, este fariseo era versado en el Antiguo Testamento donde Dios, el Padre, tiene un lugar muy especial (Deuteronomio 6:4-5). Podemos decir que tenía una teología muy buena, quizás mejor que muchos llamados cristianos de nuestro tiempo (Romanos 1:18-24). Aquel fariseo sabía que había un Dios y Creador de todo (Hechos 17:25-29). Como hombre religioso, conocía que la bondad y la compasión son dos virtudes divinas que forman parte de la personalidad de Dios (Mateo 5:45).

Sin duda su concepto acerca de Dios, revelado en el Antiguo Testamento, era correcto (Hebreos 1:1-3). Según la parábola, no pensaba que Dios fuese cruel. Se acercó a Dios pensando que era compasivo con los hombres de la tierra (Mateo 6:32).

El ateísmo está de moda en nuestro tiempo (Salmo 14:1). Mucha gente ya no cree en Dios, ni quiere saber nada de él. Prefiere vivir sin Dios aunque se hunda en el pantano del pecado (Lucas 15:11-16). Pero semejante actitud no significa que Dios haya muerto, muy a pesar de la actitud y pensamiento torcidos del hombre de esta generación (Isaías 44:21-28).

Algunas personas tienen como su credo el fatal concepto de que Dios

es cruel y tirano. Si bien es cierto que Dios ha hecho algunos históricos y drásticos juicios en el remoto pasado, sin embargo, la Biblia aún lo revela y lo presenta como un Dios lleno de amor y de bondad hacia el hombre en general (Génesis 18 y 19; Juan 3:16). La bondad de Dios es visible y palpable todos los días en el gran "libro" de la creación (Salmo 8 y 19). Dios aún sustenta a su creación y da a los hombres por igual todo lo útil y necesario para vivir en este mundo (Lamentaciones 3:22-27). Este es precisamente el Dios que Jesús reveló a lo largo de su hermoso ministerio terrenal (Mateo 5:38-48; 6:25-33; Lucas 18:1-8; Salmo 103).

Aunque el fariseo no era un convertido, sin embargo, aun creía en Dios y tenía algunas virtudes morales dignas de imitarse. Tenía una religión y su teología era buena. A pesar de que estaba perdido, Jesús no pasó por alto sus cualidades éticas y morales. No había borrado a Dios de su vocabulario religioso. Esta notable virtud es digna de imitarse por nosotros en la presente generación (Romanos 15:4).

Debemos de ser sal y luz en un mundo que vive y se deleita en el pecado y la maldad (Mateo 5:13-16).

Diferente a los demás

Jesús, con habilidad y maestría, señala en esta importante parábola otro detalle significativo en la vida personal y religiosa del fariseo. En la oración que éste hizo confesó que en su naturaleza de fariseo no era como los demás. Se destaca aquí la vida moral e intachable de este hombre. Los fariseos en el tiempo de Jesús procuraban una vida moral escrupulosa llegando por ello a sentirse superiores a todos los demás hombres.

Esa marcada actitud la vemos bien reflejada en Simón el fariseo (Lucas 7:36-40). Antes de su conversión a Cristo Pablo también mantuvo esa posición social y

religiosa (Filipenses 3:4-7). De la vida de este fariseo, podemos aprender otras lecciones éticas que debemos tomar en cuenta.

Primero digamos que existe el peligro de actuar como fariseo: ser correctamente ético y moral sin cambio espiritual. Ante semejante peligro Jesús nos dice claramente que debemos cuidarnos de la hipocresía religiosa. Dios la aborrece en toda su esencia y naturaleza (Mateo 24:51). Jesús amonestó y censuró duramente a los fariseos por ella (Mateo 6:1-5:23). El pueblo de Israel había caído en este pecado hacía mucho tiempo (Isaías 58). A la luz de esta consideración, los cristianos tenemos el deber y compromiso de cuidarnos mucho de este vil y grave pecado (Lucas 12:1).

No obstante, la vida en Cristo refleja su lado ético y moral. Podemos decir con honda convicción que la vida cristiana hace una diferencia en estas dos partes esenciales y básicas. Esta doble expresión la vemos contenida en el llamado Sermón del Monte de Jesús (Mateo 5-7).

La parte espiritual del evangelio tiene relación directa con la redención del hombre (Lucas 19:10). Su parte ética o moral tiene que ver con los hábitos, las costumbres y la especial manera de ser del creyente (Mateo 5:13-16). Se puede enfatizar demasiado el lado espiritual olvidando la parte moral. Esto es caer en el extremo y todo extremo es peligroso. Jesús, en su mensaje, habló de la redención pero también enfatizó la parte moral en la vida de todos sus seguidores.

Estas demandas están claramente expresadas en el Sermón del Monte, en los distintos escritos de Pablo, y en las cartas de Pedro, Juan y Santiago. Todo aquél que ha sido redimido del pecado por Jesús, necesariamente tiene que reflejar en su vida y conducta los principios morales y éticos como parte importante y vital de la vida

cristiana (Mateo 7:20). Son los mismos principios que Dios demandó de su pueblo Israel como los vemos en los libros del Antiguo Testamento y continúan vigentes para todos nosotros hoy.

Nuestro fariseo confesó que no era como los otros hombres. Podía ver que era distinto a los demás. Todo hombre necesita un cambio radical y a fondo de su personalidad. Si un hombre ha creído ya en Cristo, entonces no puede seguir siendo el mismo.

Este notable cambio sólo Cristo lo puede lograr en nosotros (Juan 3:1-6). Esto significa que Cristo opera en el pecador una revolución espiritual y moral en su vida (2 Corintios 5:17).

El fariseo tenía un alto concepto de sí mismo. Se consideraba mejor y superior a todos los hombres (Romanos 12:3).

Esto lo tenía cegado a su propio pecado de orgullo religioso y sin compasión condenaba a los demás. No era ladrón, injusto, adúltero, ni publicano. Pero la Biblia establece que todos somos pecadores y que delante de Dios nadie es justo (Romanos 3:23; 3:4). Nadie ha cumplido a perfección las demandas de la ley de Dios (Juan 8:7; Santiago 2:10-11).

Por la parábola sabemos que aquel fariseo era un pecador, pues no era salvo en ninguna manera.

A pesar de ello, Jesús no pasó por alto sus virtudes y cualidades que tenía como persona y hombre religioso de su tiempo. Vivía bajo una ética moral que encierra un mensaje que Dios tiene para nosotros (Romanos 15:4).

Usado con permiso del Boletín Teológico El Verbo Divino, Editor y Director Maclovio Gómez Lorenzana, Ministro Cristiano Bautista. El hermano Gómez es un conferencista de la Biblia y está abierto y disponible para servir a las iglesias y sus departamentos en la capacitación cristiana. Por favor escriba a 1005 Adams Street, Mission, Texas 78572; o llame al Tel. (512) 581-0371.

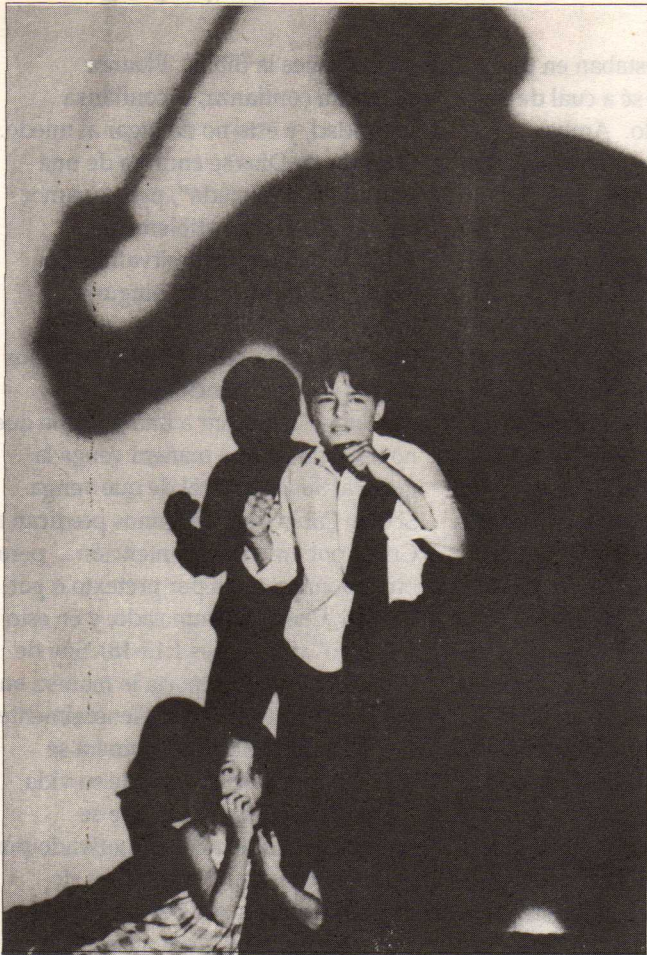
Invitamos

*a los pastores y ministerios
para que colaboren con
artículos de actualidad
que sirvan
de bendición
al cuerpo de Cristo.*

*Todo material debe enviarse a:
Hugo M. Zelaya, Editor
CONQUISTA CRISTIANA*

*14914 Thorough Good Lane
Houston, Texas 77084 U.S.A.*

*Publicaremos los artículos
en orden de presentación,
de acuerdo con los temas
de nuestro programa.*



El miedo tiene tormento

Por Hugo M. Zelaya

había dado lugar a la especulación y a la ignorancia. Sin una relación dinámica con su Dios, Israel había caído en un estado espiritual lamentable produciendo una religión vana que en muchos quedaba en la imaginación propia.

El miedo por definición es la "perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o mal que realmente amenaza o que se *finge la*

imaginación" (Diccionario de la Academia). (Cursivas del autor.) Hay un temor "efecto de la reflexión que... hace prever y... huir el peligro" (VOX, Diccionario de Sinónimos). El temor a lo desconocido nos hace actuar con cautela en situaciones inexploradas. Esta cautela no es mala; en muchas circunstancias es lo que nos guarda de peligros reales. Pero en otras, como el miedo de la obscuridad en algunas personas, es muchas veces producto de la imaginación.

La Biblia habla del temor de Dios como el principio de la sabiduría (Proverbios 1:7) y, también, que los "cobardes... tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre" (Apocalipsis 21:8). Para efectos de este artículo haremos una muy importante diferencia, más que semántica, entre el miedo y el temor para referirnos con este último al respeto temeroso que le debemos a Dios y con el anterior a la

emoción negativa que causa tanta congoja al hombre. La diferencia a veces es muy sutil.

En el caso de los pastores era un riesgo imaginado. Su recelo y aprensión de la aparición estaban basados en su condición de hombres pecadores ante un ser celestial representativo de la santidad de Dios. En ellos había una mezcla de miedo destructivo y temor reverente.

El miedo entró por el pecado y el fracaso.

El primer lugar que encontramos la mención de miedo en la Biblia es en Génesis 3:10, inmediatamente después de la desobediencia de Adán: "Oí tu voz... y tuve miedo." ¿Por qué no antes? Porque no había pecado. El miedo es siempre la consecuencia del pecado. Adán tuvo miedo porque sabía que Dios le había advertido que no comiera del árbol del conocimiento del bien y el mal. Es cierto que Dios dijo que el día que comiera ese día moriría. Adán seguía con vida y se imaginaría que cuando Dios viniera cumpliría él mismo la sentencia de muerte. El miedo juega con la imaginación y la imaginación con el miedo, pero el temor es "el efecto de la reflexión".

El hombre redimido tiene que aprender a temer a Dios (y a todos los símbolos de su autoridad) sin tenerle miedo. Porque el miedo lo hace huir de Dios y esconderse sin pensar. Si Adán se hubiera detenido a meditar, quizás hubiera llegado a la conclusión verdadera de que si bien Dios es justo, también es misericordioso y está dispuesto a perdonar. Tal vez no hubiera tratado de esconderse. La Biblia no dice que "el miedo de Dios" sea el principio del conocimiento, sino el "temor de Dios".

La aparición de ángeles en la Biblia, rodeados de la gloria de Dios, provoca el miedo en el corazón de los hombres. Casi siempre viene acompañada con una palabra de ánimo. "No tengan miedo porque les traigo buenas noticias", fueron las palabras del ángel cuando anunció el nacimiento de Jesús a los pastores (Lucas 2:10 VP). Un acontecimiento glorioso extrae una reacción de gran miedo. Creo que el miedo se debe al elemento desconocido y viene porque se espera algo malo de la dimensión en la que existen los ángeles, cuando la realidad en nuestra relación con Dios es todo lo opuesto.

Este ángel era portador de noticias que habían esperado miles de años para poderlas dar. Más de 400 años habían pasado desde la última declaración profética de Dios a su pueblo. La ausencia de revelación

Las religiones primitivas se basan en el miedo. El culto a sus deidades gira alrededor de un intento de apaciguar la ira de los espíritus malos. Su juego es tormento si no hacen lo que a sus dioses se les antoja. Es interesante que la mayoría, si no todas, de las tribus primitivas reconocen la existencia de un Dios "bueno" y de "dioses" malos, pero su preocupación es con los dioses malos. A ellos dedican sus ritos.

Los indios norteamericanos hablan del Gran Espíritu que está en todas partes. Algunos dirán que es bueno pues a lo menos reconocen la existencia de Dios. Pero como usted sabe, reconocer y conocer son dos cosas diferentes. Los diablos reconocen la existencia de Dios. Cómo no, si estuvieron en su presencia en alguna ocasión, pero no lo conocieron como Dios supremo porque se sublevaron contra él.

Cuánta más ignorancia de Dios, tanto mayor será la preocupación con los inspiradores del miedo. Esta es un arma poderosa porque mantiene a la gente ocupada en lo negativo, sin tiempo para dar su atención al Padre bondadoso.

El miedo no debe ser parte de la vida de un cristiano.

Recuerdo de niño que algunas personas intentaron corregirme metiéndome miedo. "Si no haces tal cosa te va a llevar el demonio."

Hoy me quedo admirado de personas que de otra manera me amaron, pero que por ignorancia usaron un arma destructora como es el miedo (y no hablo de mis padres creyentes). Si eso no daba resultado el factor atemorizante era Dios. "Si te burlas de la gente Dios te va a castigar con algo peor."

Desde luego que yo necesitaba corrección, pero no de ese modo. El resultado fue que, con el transcurso del tiempo, me entró un miedo malsano de todo lo que me haría Dios o el diablo.

En mi mente ambos estaban en una misma categoría. No sé a cuál de los dos le tenía más miedo. Ambos querían hacerme daño —creía yo. En la iglesia no fue diferente. Los sermones acerca del infierno me impresionaron tanto que tenía pesadillas. La obscuridad me provocaba terror.

Nunca olvidaré una noche de Año Nuevo. El treinta y uno de diciembre me acosté a la hora acostumbrada. En mi casa mis padres no hacían mucha alharaca con los días festivos, ni cuando un año nuevo venía. Vivíamos en un puerto rodeado de montañas que estaban muy cerca. Todo ruido grande hacía eco en las montañas. Era costumbre para celebrar la venida del Año Nuevo que, a las doce de la noche, sonaban todos los pitos de las fábricas, las locomotoras de vapor, los autos, los barcos en el muelle y de todo lo que pudiera oírse de lejos.

El ruido ensordecedor me despertó y creí que era el "fin del mundo"; otra frase que había oído en la iglesia y que me inspiraba mucho miedo. Recuerdo haber temblado de pies a cabeza, con las cobijas heladas sobre la cabeza y los dedos metidos dentro de los oídos. Estaba seguro que Dios vendría por mí y me mandaría al infierno donde me esperaba el diablo para atormentarme.

Después de interminables cinco o diez minutos, la bulla cesó. ¡Qué alivio! Todavía estaba en mi cama y parecía que nadie vendría por mí, ¡esa noche! No sé cuánto tiempo estuve a la expectativa hasta que nuevamente me venció el sueño y volví a quedar dormido.

Dios nos libra de muchos de nuestros miedos. Pero algunos es difícil dejarlos ir. Debemos meditar en el gran daño que hacemos a los niños cuando los asustamos para disciplinarlos.

Dios inspira respeto, no miedo

"El perfecto amor echa fuera el

miedo", dice la Biblia. El amor engendra confianza, la confianza seguridad, y ésta no da lugar al miedo. El temor de Dios se encarga de una actitud "confianzuda", pero su amor nos atrae a él irresistiblemente.

Dios quiere que le sirvamos sin miedo. El miedo no es ninguna motivación aceptable para servir a Dios. Seríamos semejantes a las tribus primitivas que mencionamos.

Una vez, oí decir a una persona que no importa de qué manera venga la gente al Señor, con tal de que venga. Si bien Pablo dijo: "Algunos predicán a Cristo por envidia y contención... pero otros por amor... o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo" (Filipenses 1:15-18). Soy de la opinión que sí importa la manera en que uno viene al Señor. Generalmente eso determinará de qué manera se relacionará con él el resto de su vida.

Si el evangelio por el que se convierte una persona es motivado por el miedo en vez del "amor", es de alegrarse porque esa persona oyó el mensaje de Cristo, pero debe causar preocupación su relación subsecuente. Es necesario un cambio de motivación lo más pronto posible.

El miedo es un elemento descontrolador.

El miedo lo echó todo a perder cuando Pedro caminó sobre el agua. Aunque nos parezca demasiada la insolencia de querer hacer lo que "sólo Dios puede hacer", el Señor no lo reprende de ninguna manera y lo invita a ir con él sobre el agua. Era todo lo que Pedro necesitaba: la orden del Señor. Con esa palabra salió de la barca y osadamente se encaminó donde estaba el Señor (Mateo 14:29).

Admiro a Pedro y a los discípulos. Las tormentas no eran extrañas para ellos. Las conocían bien. Las habían sufrido y lograron sobrevivir a ellas. Pero Jesús andando sobre el mar los atemoriza y confunde su proceso de reflexión. El miedo los hace creer que

el Señor es un fantasma y "dieron voces de miedo" (v. 26). Esta es una de las consecuencias negativas del miedo. Nos impide reconocer lo que es del Señor en lo desconocido.

Tenga presente que todo lo que sigue es motivado por el miedo. El Señor les habla y Pedro le pide a Jesús que mande para que el vaya hasta él sobre las aguas (v.28). Me admira el laconismo santo del Señor; no hizo una oración muy larga para hacer el milagro. Una sola palabra bastó: "Ven" (v. 29). Pedro sale de la barca y se dirige al Señor. "Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo..." (v. 30) y lo echó todo a perder.

Muchos de nosotros nos hemos lanzado en fe para hacer algo para Dios por la palabra del Señor, pero cuando estábamos en medio de nuestra obediencia, el diablo levantó un fuerte viento y nos infundió miedo y lo echó todo a perder en nosotros también.

No se puede dejar que entre el miedo y conservar la fe. El miedo produce inseguridad que descontrola. Una persona segura es una persona en control de la situación. La insegura se olvida que fue el Señor quien habló y es suficiente para atenerse.

No obstante, el Señor no dejó que Pedro se hundiera ni tampoco permitirá que nosotros perezcamos si clamamos que nos ayude. Pedro volvió a caminar sobre el mar (tuvo que hacerlo para regresar) y esta vez no tuvo miedo porque anduvo con confianza de la mano del Señor. Y usted también podrá hacerlo. No se trata de andar sobre el agua. El asunto es ir donde está el Señor. Y si el Señor se mete en la barca, ¿qué hace usted allí afuera queriendo sobrevivir en una tempestad. La seguridad no está en la barca per se. La seguridad está en el Señor. Si él está en medio del mar y la tempestad, allí está su seguridad. Si está en la barca, allí es el lugar seguro.

La reprensión del Señor descubre otro resultado del miedo: "¿Por qué dudaste?" (v.31). El Señor quiere que

en medio de los tiempos más duros de la vida, mantengamos nuestra confianza en la palabra que él nos habló y que nos sacó de nuestra "barca" conocida para lanzarnos en fe a lo desconocido y que no perdamos el control. Esto haremos si confiamos en su palabra y desechamos todo miedo que el enemigo quiere inculcarnos.

Este incidente con Pedro me trae a la mente los primeros años de mi andar con el Señor. Trabajaba en una compañía de transportes cuando conocí a Jesús. La paga era buena, pero las horas muy malas. Trabajaba de diez de la mañana a diez de la noche, de lunes a sábado y a veces hasta en domingo. Mi trabajo no me dejaba tiempo para las cosas de Dios y sentí que él me impresionaba que dejara mi empleo y buscara otro que me permitiera asistir a los cultos en la iglesia.

Un día me presenté ante mi jefe y le dije que me iba y por qué. Los primeros días los pasé casi en una nube. Era bonito "andar por fe" en la palabra del Señor. Asistía cada vez que la iglesia abría sus puertas. Pero pasó una semana y no encontraba otro trabajo. Pasaron dos y comencé a desesperarme y el miedo a dominarme. Estaba recién casado y esperábamos a nuestro primer hijo. ¿Qué si no encontraba empleo? ¿Qué pasaría cuando tuviera que hacer el pago de la casa?

El diablo no dejaba de atormentarme: "Eres un insulso. Dejaste la seguridad de un empleo por asistir a la iglesia y Dios no te corresponde. Ya deberías tener trabajo. Regresa a la compañía y pide tu trabajo de nuevo." Y comenzó a entrarme pánico y me hundía reclamando a Dios que lo había hecho por él y que no estaba viendo los resultados que esperaba. Sin embargo, cuando mi reclamo se convirtió en ruego, él no permitió que me ahogara y me "tomó de la mano".

Un hombre jefe de otra compañía había oído lo que había hecho y me

llamó ofreciéndome trabajo de ocho de la mañana a cinco de la tarde, con los fines de semana libres. Pero no había sido por mi fe. Había sido la gracia de Dios. El miedo casi lo echa a perder todo.

El miedo es la antítesis del amor

Aparte del capítulo 13 de la primera carta de Pablo a los corintios, Juan es quizás quien haya conocido más de cerca el amor de Jesús. Se le conoce como el discípulo amado; se recostó en el pecho del Señor; lo acompañó hasta la cruz. Es Juan quien con autoridad dice que la ausencia de amor permite la entrada del miedo y que el miedo lleva en sí castigo (1 Juan 4:18).

Relacionarse con Dios por miedo no tiene sentido bíblico. Si la primera reacción es de miedo, como los pastores, es necesario hacer la transición que ellos hicieron cuando el ángel les habló y se acercaron a Dios para ver su amor maravilloso en el bebé de Belén. Amó tanto que dio a su "hijo unigénito" (Juan 3:16). El amor del Padre cambió la imagen que los pastores tenían de él y echó fuera todo el miedo que habían concebido "y dieron a conocer lo que se les había dicho del niño" (Lucas 2:17).

El miedo es la antítesis del amor y separa de Dios. Su amor nos convierte en pregoneros de la bondad de Dios. El mundo no sabe lo hermoso que es nuestro Padre Celestial. Le tiene miedo. Dios lo ha escogido a usted y a mí para proclamar las virtudes de nuestro Dios.





**¡Una efectiva
herramienta
para líderes de todas
las denominaciones
en todas las naciones!
Envíe ahora \$10
(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares**

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 2 • Número 15 • 1992 — Director: Hugo M. Zelaya • Editor: Noé Martínez Q.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados no representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

CONQUISTA®

CRISTIANA

Teléfono 40-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica

